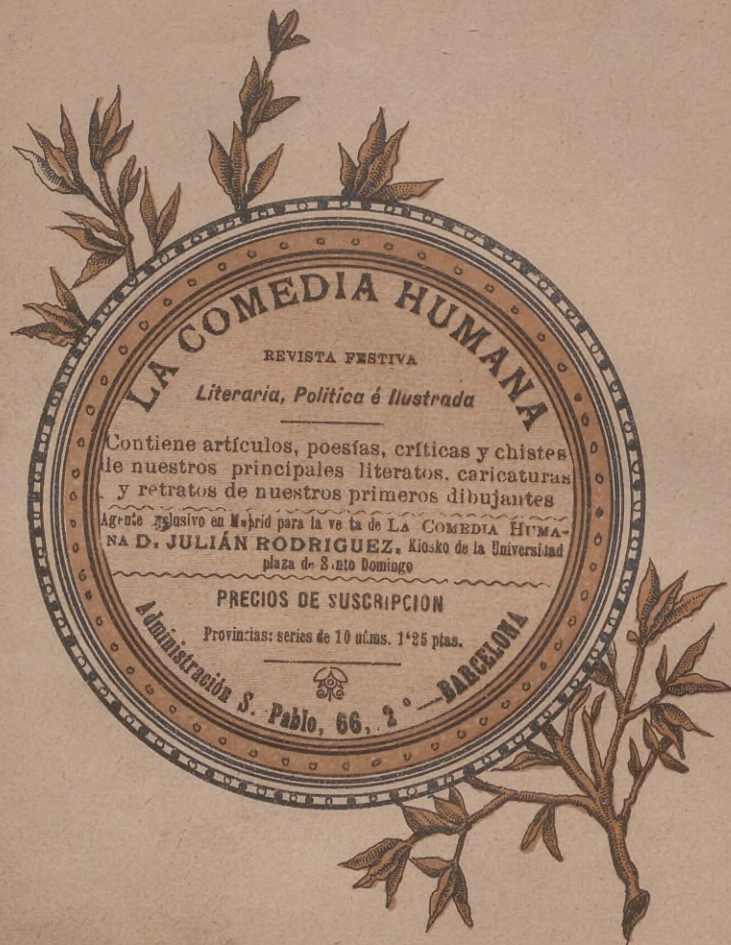
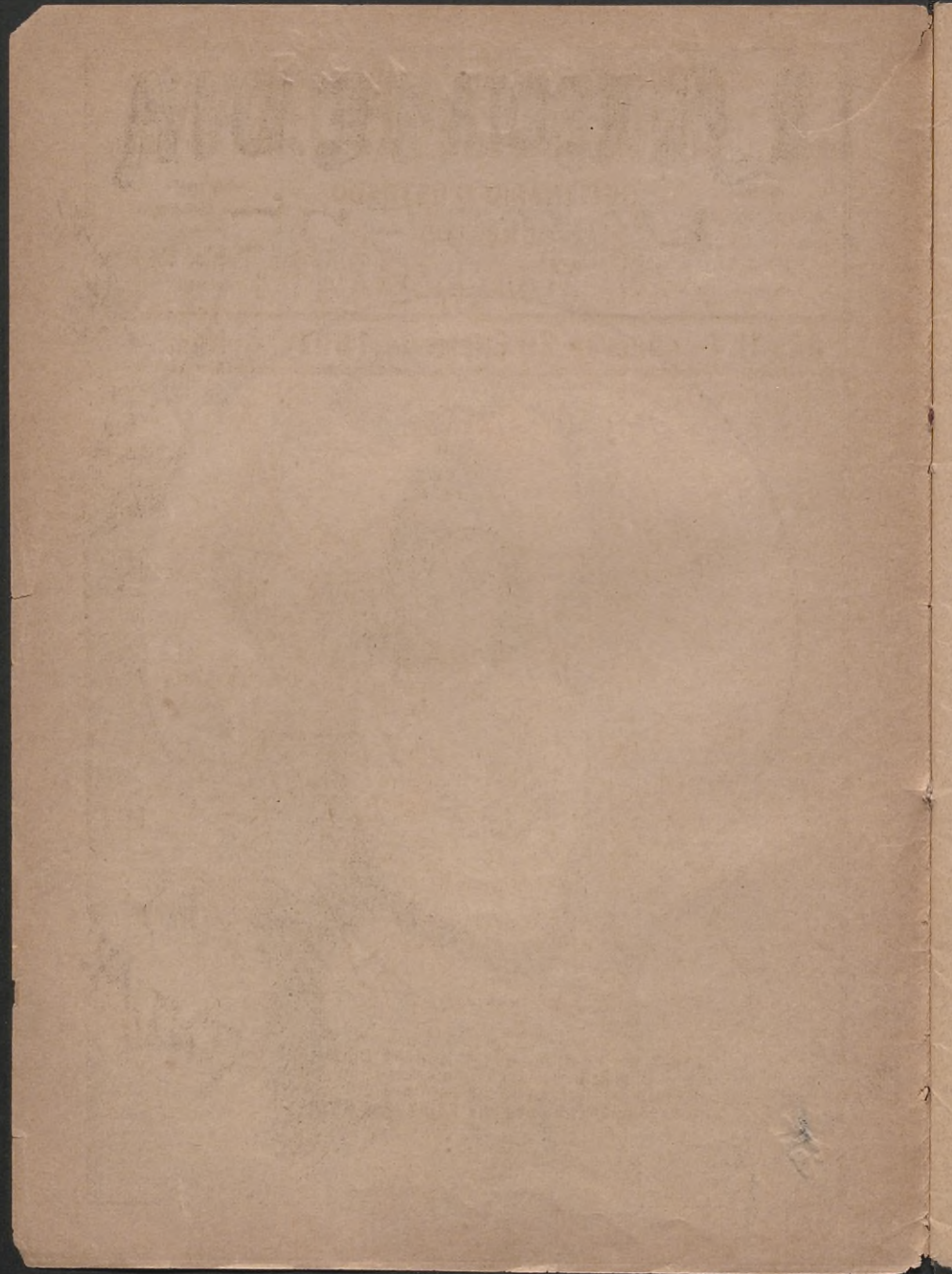




1891
FEB 25 1891
Dico 1891
LA COMEDIA
HUMANA





D/38959

LA COMEDIA HUMANA

—♦♦♦—
SUSCRIPCIÓN

Series de 10 núms.
1'25 ptas.

SEMANARIO ILUSTRADO

DIRECTOR

E. MARTÍN GALÍ

—♦♦♦—
Redacción y Administración

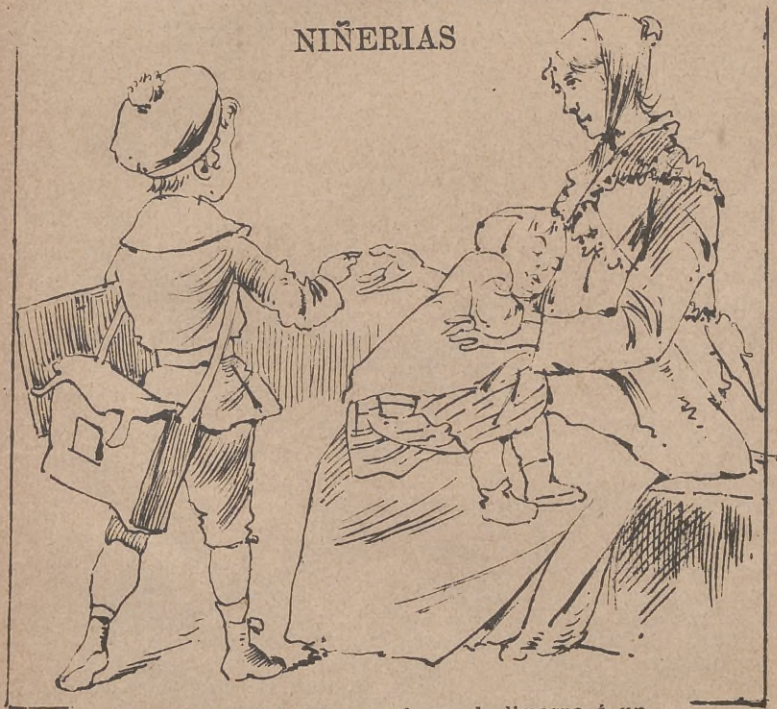
San Pablo, 66-2.º

Año II

Jueves 29 Enero de 1891

Núm. 4

NIÑERIAS



—Papá me ha dicho que el que da limosna á un pobre, Dios se la devuelve con creces. Con estos cinco céntimos pues, lo menos me dará cinco duros y entonces podré comprarme un caballo de cartón.

SINFONIA

En el Puerto de Santa María están de enhorabuena.

Tienen en su compañía al Nепtuno de los mares, á Peral, como si dijéramos.

Y es lo que dicen los *Puertos Santa Marienses*; ya que no puede este hombre con eso de los *sobremarinos* al menos nombrémosle diputado ó cosa así, á ver si des-cuella en algo.

Y efectivamente, me lo candidaturan por aquel recinto.

Y saldrá diputado á Cortes, y tres más; como que luchará contra el hijo del señor Beranger, que es lo mismo que luchar contra el mazapán legítimo de Toledo.

Para lograr el objeto que persiguen, han celebrado un medio-meeting electoral en el Teatro, y digo medio-meeting porque el delegado de la autoridad, ó mejor dicho el gobernador interino, disolvió la reunión pretestando que se había atacado á los ministros y armose el consiguiente escándalo.

El delegado se escurrió como por encanto, y un arrojado capitán de la Guardia Civil, cuidadosamente y á culatazo limpio mandó desalojar el local.

De todo lo cual, resulta que las autoridades persiguen por todos los medios la candidatura del señor Peral, realizando los atropellos que tienen por conveniente y el pueblo, firme que firme, está resuelto á que triunfe.

¿Quién ganará en esta lucha?

¿Las autoridades?—No.

¿El pueblo?—Sí.

¿Y quién se llevará la breva?—

Las autoridades. Y si no ¿de qué le serviría la fuerza?

Para ser *autoridad*
y no poder ganar nada

no le veo la tostada,

* *

Se teme que nos van á mutilar la Rambla, como aquel dichoso rubí,

«partido por gala en dos».

Los periódicos maliciosos sospechan que en esto de la división de la Rambla, hay gato encerrado.

Unos dicen que si hay ingleses por medio.

Otros que, si la empresa general de Tran-vias, dueña de los coches que cruzan la calle de Fernando, se ahorraría unos 400 metros de trayecto.

Y así sucesivamente, otras variaciones sobre el mismo tema.

Lo cierto es que nos la cortan.

Para protestar, pues, de semejante *atropello concejil*, Barcelona entera acude á firmar unas hojas, que á estas horas encierran ya millares de firmas.

Unámonos pues, al parecer general del pueblo Barcelonés y gritemos á una.

¡Que nó nos la corten!

* *

La novedad del día son los alcaldes interinos y definitivos, que se dedican, en las presentes circunstancias, á mirar por el orden y las buenas costumbres.

El de Lillo, que es una especialidad en el ramo de alcaldes, ha publicado un bando haciendo saber que, además de los tres guardas serenos que tenía á sus órde-

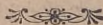
nes, ha nombrado otros catorce, para velar por la seguridad del vecindario.

Estas fuerzas las dedicará, según parece, a hacer cumplir parte del bando, que dice así:

«Se prohíben terminantemente desde las cinco de la tarde los corros en las calles, de más de cuatro personas, y que los establecimientos de bebidas estén abiertos después de las ocho.»

Así, así, duro y a la cabeza, señor alcalde de Lilio.

EL EMPECINADO.



VAGUEDADES VERANIEGAS

I

Cuando en las noches
de ardiente estío,
cierren sus broches,
que guarnecen con gotas del rocío
las lindas rosas
de tu ventana,
¡qué dulces cosas
el amor te dirá, rosa temprana!

II

Cuando en el cielo
brilla la luna,
y, en mi desvelo,
cifro en verte y hablarte mi fortuna,
de mis penillas
es la mas negra,
que de rodillas
me halle a tu lado mi presunta suegra.

III

Mientras la *dira*,
que dicen *casta*,
besos reciba,
sin que nunca á Endimión le diga
(«¡basta!»)

IV

Mientras sus cuernos
la luna saca,

y amores tiernos
te canto en mi banduria, hermosa
(Paca,

contra el zarpazo
me pongo alerta
de ese perrazo
que soltáis por las noches en la huerta.

V

Largas y ardientes
tardes de estío,
en que sus frentes
los alamos inclinan sobre el río;
vuestro es el canto
de la cigarra;
callan en tanto
las cuerdas, flojas ya, de mi guitarra.

VI

Bala el cordero,
cantan los grillos;
en el otero
repiten sus romanzas los cuclillos...
¡Ay! qué preciosa
música es esta!
No hay mejor cosa
para dormir traquilo larga siesta.

VII

De la gaviota
la blanca pluma
rizada flota
de la risueña playa entre la espuma;
que allí, ensayando
sus bajos vuelos,
se están bañando
de las aves marinas los polluelos.

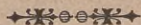
VIII

Lindas polluelas
de corta saya,
que, coquetuelas,
lucís las pantorrillas en la playa;
ved que este triste
coplero pobre,
se queda al piste
de vuestras gracias en la mar salobre.

IX

Musa sencilla
del veraneo,
perezosilla
siempre te veo.
Pues si me soplas
es en mi daño,
basta de coplas,
¡me voy al baño!

E. BUSTILLO.



¡Si varme una obra donde la tipte enseña pelos y se-
tales del asunto! ¡Ya no hay justicia ni cosa que lo
parezca!



P.A.



P.A.

—Pero, señora; ¿es que estoy condenado á correr todas las calles? ¿En dónde duerme Vd?

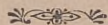
--Donde se presenta la ocasión.

INSOMNIO

Reclinada muellemente
sobre su colgado lecho,
una noche se encontraba
la bellissima Consuelo.
Las blancas y finas sábanas
iban sus formas ciñendo,
y en el lecho iban dejando
la escultura de su cuerpo.
Flotaba sobre el embozo
su blanco y turgente seno,
con inocente descuido
y con desdén manifiesto.
Su nacarado semblante,
graciosamente encubierto
por los auríferos hilos
que formaban su cabello,
aún mostraba, candoroso,
de sus joyas satisfecho,
en vez de labios, dos rosas,
y en vez de ojos dos luceros.
Había en ella algo extraño,
pues agitada en el lecho,
Consuelo estaba intranquila
y con los ojos abiertos.
Tal vez inquieta esperaba
que á ella llegase Morfeo
á estampar sobre su frente
el postrer y casto beso,
y en su desazón constante
formando mil pensamientos,
á la agitación del alma
iba unida la del cuerpo.
Cuando algún pequeño ruido
iba á turbar su silencio,
ella el oído aplicaba
por interés, ó por miedo,
y efecto, sin duda alguna,
de aquel arrebatamiento,
unas veces cree que oye,
otras oye sin creerlo.
¿Qué piensa? ¿Por qué no goza
de las delicias del sueño?
¿Acaso guarda la ausencia
de algún amor?—¡Ah! no es eso;

sé la causa de su insomnio
porque en sus ojos la leo.
¿Sabéis por qué no se duerme?
Pues... ¡porque no tiene sueño!

F. DE ZARANDONA



NO RESPONDO

Tentado estoy por decir que la
mayor parte de las desgracias
que al hombre aquejan es el don
de la palabra. Y tengo mis moti-
vos para pensar de este modo.

Todas ó casi todas las conver-
saciones se reducen á preguntar
y responder; cosas ambas que
me tienen, si no fuera de mí, casi
casi con un pié fuera de mí mis-
mo, para salirme y no volver en un
rato, porque el preguntar siem-
pre me ha parecido un si es no
es imprudente, y el responder un
si es no es satisfactorio.

Por la millonésima vez tengo
que recordar que este país es un
país abominable, y aprovecho
esta ocasión para decir á los que
quieren cerrarme la boca asegu-
rándome que no debo murmurar
de este país, porque es el mío,
que si es mío, ó vamos al decir,
nací en él. no fué la culpa mía,
porque yo no nací, me nacieron.

Yo no sé en qué consiste la
educación de este país, ni á lo
que aquí llaman educación y
trato de gentes; lo que sí sé de
muy buena tinta es que, ó la edu-
cación está en íntimo trato con
la imprudencia, ó la impruden-
cia está perfectamente admitida
entre las gentes que se llaman bien
educadas. Cualquiera de las dos
suposiciones me parecen un poco
y aun dos pocos graves.

Todas las noches al salir de mi casa (otro diría todas las mañanas, pero yo no sé nada de las mañanas más que lo que oigo decir de que las hay. y frescas); todas las noches, pues, al salir de mi casa, me pongo á temblar de miedo, porque sé de seguro que el primer sér con levita (á quien otros llamarían hombre) que me encuentre y me detenga, que de seguro me detendrá, me ha de preguntar algo que no le importe maldita de Dios la cosa. Y es el caso, que si yo le hago ver que se mete en lo que no le importa, pronto gozaré fama de mal criado, mientras que él no gozará fama de tal, á pesar de su mala crianza.

Yo quiero, amado lector mio, que recuerdes lo que te ha pasado la última vez que has salido á la calle, y siempre que tus recuerdos no estén conformes con mis observaciones de ahora, te autorizo para que rompas mi escrito, y aun me rompas á mí, si me encuentras á mano, y me dejas.

Seguro estoy de que lo primero que te dijo el primer amigo á quien tuviste la mala ventura de encontrarte, fué la siguiente frase:

—¿A dónde va V.?

Frase que dicen en toda la Península é islas adyacentes todos los hombres que se paran en medio del arroyo, ó á un lado con otros hombres.

Supongamos, y es poco suponer, que ibas á ver si te daban *un dinero*; tienes que contárselo al preguntador, lo cual es grave en los tiempos presentes.

Supongamos que ibas á ver á una novia que has adquirido en

uso de tu derecho y para tu uso particular; tienes que contarle al preguntador que tienes novia y que además de tenerla, la vas á ver. Esto también es grave (el contarle digo).

Supongamos que ibas á pagar una cuenta. ¿Qué necesidad tiene nadie de saber que pagas cuentas?

Supongamos que ibas á matar un hombre, ó dos: ¿se lo irás á contar al amigo?

Tienes, pues, que mentir, y decir que vas á cualquier parte, que no es la parte sensible de tu camino. Y vete pronto, porque si estás mucho tiempo parado, te va á preguntar diez ó doce cosas más, á segundo por cosa.

Sigue tu camino; verás lo que te pasa.

En suponer no se pierde nada; sigo suponiendo, pues, y me figuro que llevas una flor en el ojal del pecho.

—¡Hola! Dicen tus amigos apenas has entrado en el café. ¿Quién te ha dado esa flor?

Doy por supuesto que te callas, por no soltar, como decimos los inteligentes, *una fresca*.

—¿Te la habrá dado aquella muchacha, eh? Dice otro.

Continúas callado.

—¿Se la vas á regalar á alguien? Dice un tercer imprudente, sonriendo, á ver si te pones colorado.

Ya no puedes contenerte, y dices:

—No, señores, ea, no apurar-me más; la flor... la he comprado.

Quiérolle suponer que los amigos se callan, y se dan por satisfechos. Entonces toma la palabra otro sujeto que hasta entonces



—*Misté, seña Rita, too Madriz está helao; conque na más natural que el que V. me preste dos copas de aguardiente.*

—*Está too helao, eeh? Pus yo entoavía tengo algo caliente.*

—*¡Paice mentira!*

D
Vass



—Llevar gaban de pieles y chistera,
fumar puros habanos en boquilla,
llamarme gran señor... ser millonario.....
¡¡Vergüenza me daría!!

J. Valero

había callado, y exclama casi enfadado;

—¿V. gasta el dinero en flores?

¡Figúrate tú, amado Teótimo, ó como te llames, si te puedes titular hombre libre en una sociedad en que, no solo los propios, sino los extraños te piden cuentas de tu dinero!

Me falta el valor y las fuerzas me abandonan al recordar los disgustos que he debido dar a mis semejantes gastando mi dinero en una porción de cosas.

Ni Colón, ni el Cid, ni todos los héroes de que nos hablan las historias, conocidos por sus dos ó tres docenas de osadías, me asombran tanto como dos ó tres docenas de individuos que, poniéndose delante completamente indefensos y tranquilos, nos han preguntado en varias ocasiones:

—¿Cuánto dinero ha ganado V. este año?

Como quiera que una pregunta de tal género me deja siempre confundido, me he limitado á responder:

—Ya le enviaré á V. la cuenta á su casa.

Y á pesar de la humildad de la respuesta, he averiguado después que el grosero fuí yo. ¡Y yo no lo había notado! ¡Lo que somos!

Y es que á fuerza de tiempo los españoles, hemos confundido dos palabras, que de seguro no están unidas en ningún Diccionario de sinónimos. La franqueza y la imprudencia.

Y hay algo todavía más lamentable: que la imprudencia es la enfermedad local de los españoles, como lo son en otros países las calenturas ó la fiebre amarilla.

¿Se casa V.? Todo el mundo está autorizado para averiguar quién es la mujer que V. ha elegido, cómo se llama, de dónde procede y cuántos puntos calza.

¿No se casa V.? Pues todo el mundo está autorizado para perseguirle constantemente con esta pregunta:—¿Por qué no se casa usted?

¿Trabaja V. mucho porque necesita trabajar, y comer, y dar de comer? Pues le dirá todo el mundo:—Hombre, ¿por qué trabaja V. tanto?

¿No trabaja V. porque no puede, ó porque no quiere, ó porque no le da á V. la gana, en lo cual nadie debe meterse? Pues ya tiene V. el castigo encima con esta pregunta que le ha de hacer todo *quisque* que le conozca:—Caramba, ¿por qué no trabaja V.?

Y es preciso que todo el mundo sepa por qué va V. aquí ó por qué se retrae V., ó por qué le gusta á V. más el jamón con patatas que las patatas solas, ó por qué se ha hecho V. traje nuevo, ó por qué lo lleva V. usado. Es preciso haga V. participe á todo el mundo de cuanto á V. le pase, ó le haya pasado, ó le vaya á pasar; es preciso, en una palabra, que sea V. el esclavo universal y el chiquillo de cinco años que debe rendir cuenta de sus actos á otros chiquillos no mejores ni peores sino peores todos.

¡Oh! ¡Qué horrible vida!

En cierta ocasión quiso mi desgracia que me gustara mucho la mujer de un conocido mío. Era una desgracia, ¡pero me gustaba mucho! Yo no tenía la culpa, ni ella tampoco.

Un día, con el corazón tranquilo, porque no iba á hacer nin-

guna picardía, salí decidido á pasar por delante de la casa de aquella señora. Me gustaba y quería verla, ni más ni menos, y en esto no ofendía la moral, porque á mujeres ajenas, con verlas basta, cuando no se puede más.

Antes de llegar á la calle donde ella vivía me encontré de manos á boca con el marido.

¡Hola! Me dijo muy risueño. ¿A donde va V.?

Yo quiero que la humanidad entera, y trescientas gruesas de humanidades se pongan en mi caso, á ver cómo se le responde á un marido:—¡Voy á ver á su mujer de V porque me gusta mucho!

Y es indudable que todo se hubiera evitado si aquel hombre no hubiera sido imprudente.

¿Le importaba á él saber á donde yo iba?

Acabo de ser preguntón en este momento.

No me contesten VV., y es lo más seguro.

EUSEBIO BLASCO.

VENTAJAS DE NO TENER DINERO

Es verdad que más de cuatro con su suerte se conforman, porque dicen con orgullo: «la pobreza no deshonra»

Sin embargo, otra les queda, pues demasiado les consta, que en esta vida al que es pobre todo el mundo le joroba.

¡Oh, cuánto los sentimientos cambian de fendo y de forma, en el espacio que media del corazón á la boca!

¿Veis á muchos miserables

que por las calles invocan contra los que van en coche, la guillotina ó la horca?

Quizá mejor que á mi mismo conozco á tales personas: sé que razón no les falta, sé que virtud no les sobra.

Y sé que las buenas gentes que tales cosas pregonan, nunca anduvieran á pata como tuvieran carroza.

Escuchemos á los ricos que en su vida licenciosa llegan también á cansarse de las delicias que gozan.

Y dirán que sus palacios trocarán por una choza asegurando ¡embusteros! que el fausto les incomoda.

No les diera yo el castigo de andar pidiendo limosna, oyendo aquí: «Dios le ampare» y luego: «Dios le socorra.»

Mas verles comer quisiera, por no tener otra cosa, en vez de pavos, patatas, y en vez de perdices, sopas.

En dos años ó en dos meses, ó en dos días ó en dos horas de experiencia tan amarga, quizá cambiarán las tornas.

Y es posible que dijeran acariciando la bolsa, «con dinero, á los infiernos; sin dinero, ni á la gloria.»

Dígoles porque hay un hombre que cada día me exhorta á decir de la pobreza las ventajas y las contras.

¡De las contras! Es inútil que yo malgaste el idioma, atestando mi romance de lances que nadie ignora.

Inútil es cuando observo que se acaban por la posta en los bolsillos el cobre y la harina en las tahonas.

Inútil cuando afligido



—Pero que cosas vemos, nosotros los clonws desde la pista, como quien mira á las artistas ecuestres.

SOLUCIÓN AL GEROGLÍFICO OLOTOFF



Un ruso grande.

Un capitán pequeño.

icala

sufre tan grandes congojas
nuestro gran Banco, surtido
con más araña que mosca.

Dire no más las ventajas
por no gastar mucha prosa,
del que no tiene dinero,
y por Dios que no es bicoca.

El que no tiene pecunia
siempre está libre de idiotas,
que para sacar astilla
le anden haciendo la rosca.

Anda más fresco y ligero
porque el peso no le estorba,
y no le importa llevar
agujereada la ropa.

Aunque se retire tarde
por las calles más recónditas,
está libre de ladrones
que á tantos otros despojan.

Si alguna vez las campanas
todo el cotarro alborotan
fuego anunciando en la corte
de la nación española,

¡Qué notable diferencia
entre unos y otros se nota!
El rico tiembla de miedo,
y el pobre dice: ¡arda Troya!

Porque á la mente del rico
mil reflexiones se agolpan,
en su dinero pensando,
y en sus muebles y en sus joyas.

Mientras el que nada tiene
quizá en pensar se alborozaba
cómo en las llamas sucumben
las pulgas que le incomodan.

He visto yo muchos ricos
ir de su casa á la fonda,
y desde allí, por un cólico,
al campo santo de Atocha.

Libre está de indigestiones,
quién en vez de pepitoria
pasa las horas enteras
comiendo pan y escarola.

Hay también necesidades
que tras de sí llevan otras;
y está el pobre bien exento
ni de vestir á la moda,

Ni de pasear á caballo,

que es afición peligrosa;
pues si son dignas de crédito
las lecciones de la historia,

Hay gran peligro de muerte,
ó de romperse las corvas
cuando el caballo tropieza,
ó se espanta ó se desboca.

Es cierto que el pobre á pié
cuenta de Madrid las losas,
pero así ve cuanto pasa
y halla qu'en le haga carocas.

«Adios, chico; adios, hermoso,»
le dicen las buenas mozas,
aun cuando sea más feo
que el bruto de Babilonia.

Si en coche no se arrellana,
no debe temer la droga
de envejecer siendo jóven
y luégo morir de gota.

Pero aún hay otra ventaja,
que es la principal de todas:
la mujer que quiere á un rico
del dinero se enamora,

Mientras que el pobre que es-
(cucha

de una niña las lisonjas,
no debe temer que sean
expresiones engañosas;

Sino palabras sinceras
que dicen y no por mofa:
«amor con amor se paga;
contigo pan y cebolla.»

¿Ven ustedes las ventajas
de la pobreza? No es broma
deducir que la riqueza
es una carga enfadosa.

Por cuya razón os juro
que el ser pobre no me importa,
con tal de tener de renta
dos ó tres millones... de onzas.

J. M. V.



UN BUEN CONSEJO

A su suegro se quejó
de su mujer, Baltasar,

que liviana le salió:
el suegro le dejó hablar,
y luego le contestó:

—Tal proceder no te aflija,
pues hijo, aunque no te cuadre,
de tal palo, cosa fija,
tal astilla, ¿ves la hija?
Pues lo mismo fué la madre.

Diz que es cruz el matrimonio;
procura por tu salud
no darte tanto al demonio,
y deja que algún bolonio
te ayude á llevar la cruz.

Como te he dicho, mi Juana
fué... alegrilla, mas cumplió
los sesenta, y se acabó
de Messalina en Susana,
en un momento cambió.

Calma, pues, y al tiempo deja,
la experiencia te aconseja;
y pues es enfermedad
que se cura con la edad,
espera que llegue á vieja.

E. P.

LA REJA

(ARTÍCULO BREVÍSIMO)

I

Son las once de la noche.

La joven espera impaciente, recostada en la gruesa reja de la ventana.

El silencio de la noche sólo se siente turbado por los suspiros que brotan detrás de los artísticos calados de la reja.

El galán se acerca, y la joven le reconviene por su tardanza. Entonces se escucha un amoroso diálogo que pudiera pasar por un puro idilio de amor. Las protestas y los juramentos se ven suspendidos por el choque de un apasionado beso.

Los enamorados se creen dichosos, y sólo sienten no poder arrancar de la ventana los gruesos barrotes.

La distancia es pequeñísima; mas para los enamorados, una reja es como si les separara un abismo insondable. Pero á pesar de todo, para el amante no hay reja como la de su dama.

La reja, siempre impasible, es mudo testigo de la confidencia amorosa, y cuando al estallar un beso escucha el apasionado juramento, parece que se esconde entre las ramas de campanillas y enredaderas que rodean los hierros enmohecidos por la intemperie, y se embriaga con el perfume de las macetas que la adornan.

Nada hay más hermoso que una reja cuajada de claveles y rosas, en cuyo fondo, y escondida entre las plantas trepadoras, una mujer hechicera aguarda impaciente la hora de la cita.

¡Todo respira amor!

II

Al final de la solitaria galería se ve una puertecita que da acceso á una estancia reducida y triste, adornada con unos cuadros de pintura antiquísima y dos viejos sillones de baqueta.

En la pared que da frente á la entrada, unos gruesos barrotes de hierro, enlazados en fraterno y simétrico consorcio, separan los dos cuerpos del edificio.

En uno de los butacones, un rechoncho y coloradote padre dormita, con esa pesadez que produce una digestión laboriosa.

Dos señoras, sentadas en el banquillo de frente, esperan con impaciencia, á juzgar por las mi-



—El magnetismo animal, me aproxima hacia usted.
—El animal lo será usted!
—Pero qué ordinaria que es usted, Celestina,

NUESTROS DIBUJANTES



ANGEL PONS

radas que con rapidez dirigen á la gruesa celosía.

El reloj da las cuatro. Es la hora de locutorio.

Se escuchan pasos tenues, cuyo eco repercute por las bóvedas de las inmensas galerías.

Por fin aparecen dos religiosas cubiertas con un tupido velo blanco. En su rostro se pinta la melancolía que produce la soledad.

El cura despierta y se pone en comunicación con la abadesa para concertar la próxima festividad religiosa.

Las señoras saludan á la monja más joven, y unas lágrimas resbalan por sus tersas mejillas.

La virgen del señor, con ese misticismo que produce la regla, no levanta los ojos del suelo y contesta con desdago á las cariñosas frases de sus hermanas.

Todos los sentimientos mundanos se destruyen al chocar contra las rejas del locutorio.

Y los barrotes desgastados por el rozamiento, son como barrera infranqueable que separa las miserias mundanales de las delicias de la santidad.

¡Junto á la reja del convento todo respira religión!

III

En el reloj del conserje dan las diez, y aquel enjambre humano penetra en tropel en el pasillo, cogiendo con fuerza los hierros de la reja.

Los confinados, con las facciones demacradas, se presentan risueños, con el deseo de comunicarse con la familia.

Y en la extraña fisonomía del criminal se pinta por un momento la satisfacción, como en los

días de tormenta el purísimo rayo de sol rompe las plumizas nubes, iluminando la tierra, oscurecida por el negro velo.

Mil frases de consuelo cruzan la infranqueable valla de hierro, y el confinado desecha en aquel momento la idea lúgubre que le embarga, vencido por el recuerdo de la esperanza.

Los corazones más empedernidos se dulcifican al contemplar á seres sumidos por el remordimiento, siempre adheridos á la reja de la cárcel. Pero el que presencie este espectáculo, no podrá por menos de pensar en el delito con repugnancia.

¡Ante la reja de la cárcel todo inspira compasión y miseria!

REINALDO MORENO FURMÚZ.

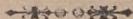


LA MEJOR RECETA

- ¡Ay, doctor, estoy rabioso!
- ¿Las muelas. eh?—No lo sé.
- Vamos, explíquese usted.
- ¿Sufre algún mal?—Espantoso.
- ¿Muy constante?—Sí, señor; no lo puedo soportar.
- Ya veremos de curar...
- No tiene cura, doctor.
- ¿No ha de tener? ¡Ya lo creo!
- ¿Usted lo presume así?
- ¡Claro!—Por qué?—Porque sí.
- Pues yo difícil lo veo.
- No diga usted tonterías.
- ¿A ver el pulso!—Allá vá.
- Está muy bien.—Lo estará, pero llevo ya unos días que estoy lo más alterado...
- Acaso los nervios...—¡Puede!
- Pero, en fin, ¿qué le sucede?
- Me tiene desconcertado.
- ¿Hay apetito?—Sí tal; pero mucho, si señor;

y ese apetito, doctor,
es la causa de mi mal.
—¿Acabáramos! A ver;
voy á darle una receta...
—Mejor fuera una chuleta.
—¿Tanto le apremia el comer?
—¡Pero mucho!—¡Dios bendito!
¿Para esto me llama?—Sí.
—Pues estoy de más aquí.
—No, señor; le necesito.
—¡Si no hacen falta recetas!
—¿Que no hacen falta?—Ninguna.
—¡Ay, doctor, déjeme una
de veinticinco pesetas!

CASIMIRO FORASTER.



MUCHOS POCOS

Un labrador de Aragón
dijo en el Prado á un lacayo:
—Maja es la bestia, tocayo,
que allá pasa.—Es de un Barón.
—¡Mira qué dos bestias lleva
ese coche!—Es de un Marqués.
—Pues ¿y aquel que lleva tres?
—Es del Conde de la Breda.
—Perdona de las molestias,
y gracias, que en lo que expli-
(cas,
sé ya que las gentes ricas
cuanto más nobles, más bestias.

C. TRESSERRA.

La esposa de Arriaga indaga
que este la ha faltado, y ciega,
dice la esposa de Arriaga,
en tanto que á otros se entrega:
Mi marido me la *pega*,
pero también me la *paga*.

S. UST.

Ignoro el por qué y á donde
se vá el Conde Catalá,
pero me consta que el Conde
algunas veces *se vá*.

A. LIMINIANA

—¡Abajo las clases!—¿Cómo?
—Digo que «abajo las clases»
—Bien; será Vd. socialista.
—No señor; soy estudiante.

J. FERNANDEZ DE LA REGUERA.

La condesa de Bramante
es tan pulcra en el hablar
que siempre evita el usar
toda frase mal sonante.
Y tanto en ella domina
esta costumbre ó escama,
que hasta á los huevos los llama
suplementos de gallina.

J. ARMENDÁRIZ.



LA VERDAD EN SON DE BROMA

¡Por vida de....! ¡qué tormen-
(to!
Rompo cuartillas sin tino,
y nunca encuentro camino
para expresar lo que siento.
Escribo un verso, está mal;
lo tacho, escribo ocho ó diez....
lo rompo todo otra vez
y vuelvo á quedarme igual.
Me encierro en mi habitación,
doy vueltas como un demente
y azoto mi ardiente frente
buscando la inspiración.

Pero nada, es tontería,
mi musa me deja solo,
y aquí me encuentro echo un
(bolo

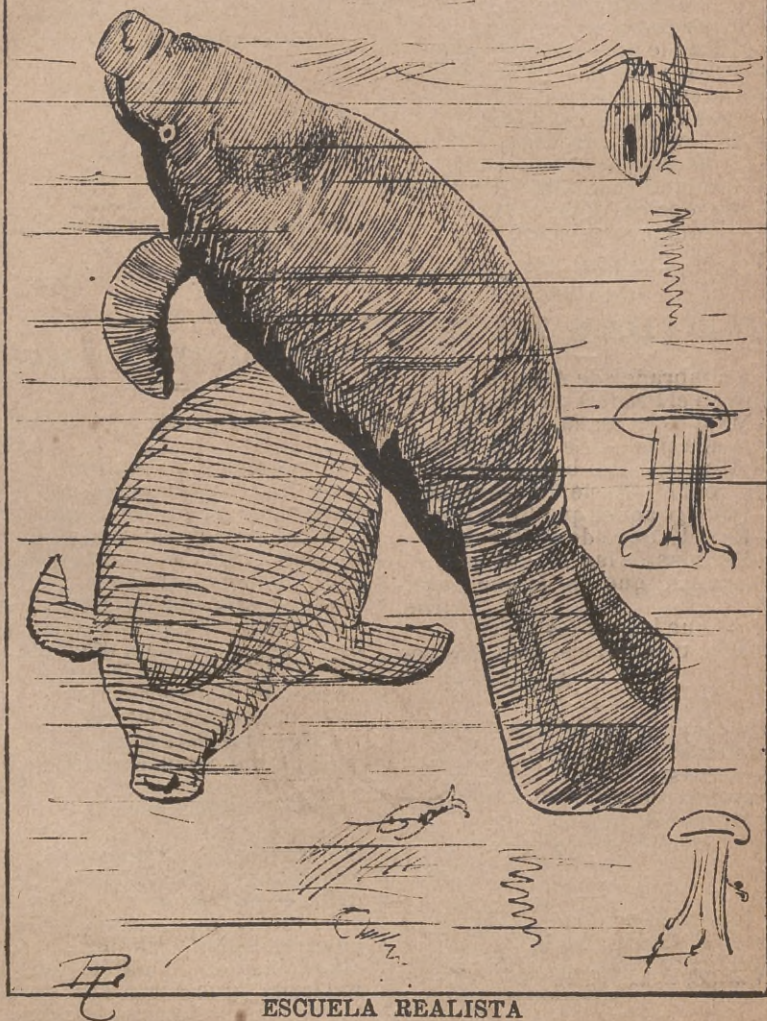
luchando con mi manía.

Lucho, y en mi frenesí,
me exaspero, porque creo
que cuantos enseres veo
todos se burlan de mí.

La mesa, la papelera,
cuadros, sillas y sillón....
cuanto hay en mi habitación
me irrita y me desespera.

Pues con su impasible calma

LA SIRENA



ESCUELA REALISTA

LA SIRENA



ESCUELA IDEALISTA

que me dicen me figuro:
*Nunca saldrás de tu apuro
 aunque te rompas el alma.*

Y aunque muy á pesar mio,
 juzgo que estan en lo cierto,
 pues por momentos advierto
 que me voy haciendo *un tío*.

Mi imaginación se ofusca,
 mi mente está acalorada
 y ni una idea adecuada
 halla por mas que la busca.

Y pues estoy convencido
 de que no puedo decir
 nada, me voy á dormir
 y todo se ha concluido.

JUAN SOTES

BAUTISMOS QUE NO BAPTIZAN

A LA SEÑORITA M.

Cierto cura en Torre vieja
 bautizó una niña un día
 con el agua que cabía
 en la concha de una almeja.

La poca agua bautismal,
 obró en la niña de modo,
 que no la borró del todo
 el pecado original.

La dejó mal bautizada
 el cura; porque no sabía
 que así la niña sería
 una furia en forma de hada.

Furia de instinto tan fiero
 que mató á muchos de amor.
 Atrae al hombre el dolor
 como al imán el acero.

Y aunque hizo á tantos penar
 fué ella amada hasta morir;
 que el saber hacer sufrir
 es saber hacerse amar.

II

Pensando en esta conseja

mil veces me he preguntado;
 ¿si te habrá á tí bautizado
 el cura de Torre vieja?

RAMON DE CAMPOAMOR.

EL PRIMO CARNERO

Le denominaba así la familia
 de Josefina, y aun ella misma,
 cuando León era un chiquillo.

Se habian criado casi juntos
 Josefina y León y se querian co-
 mo se quieren dos niños, y más
 cuando son primos carnales.

Pero no pasaban de aquí los
 muchachos, ni se lo hubieran
 consentido, caso de que lo hubie-
 sen pensado ellos, sus respecti-
 vas familias.

Muy particularmente un tío
 carnal de ambos, esto es, herma-
 no de ambas madres, y cura pa-
 terno.

Porque decía el buen señor.

—Con las personas ocurre lo
 mismo que con los toros y con
 otros animales; que si no se cru-
 zan las razas, degeneran: hay ne-
 cesidad de refrescar la sangre.

De suerte que si los chicos hu-
 bieran sentido mútuo cariño de
 otro carácter que el del parentes-
 co, no habrían podido, por en-
 tonces, realizar sus propósitos y
 satisfacer sus deseos matrimo-
 niales.

Pero los años no pasan inútil-
 mente, sino que se llevan á las
 personas.

Y el tío común de Josefina y
 León, pasó también con los años
 á otra vida.

Por su parte los muchachos

no pensaban más que en jugar y divertirse.

Pero como las pasiones germinan cuando menos lo presienten los interesados, y en eso de enamorarse hay tantas rarezas, ocurrió que, llegados á los veinte años Josefina y á los veintidos León, ella muy guapa y rica y él rico también y ya licenciado de Derecho, que es como decir, «hecho un hombrecito,» hubieron de mirarse con buenos ojos.

No es mala moza mi prima, se dijo León.

—¡Quién sabe si me conveniría este chico para marido! pensó Josefina.

Y así continuando los dos, vino á suceder que en cierto día, y con motivo de celebrar el cumpleaños del padre de la chica en casa de ésta, León estuvo con su prima muy obsequioso.

Antes de sentarse á la mesa para comer, había observado León que Josefina se asomaba frecuentemente á uno de los balcones.

—¿Hay moros en la costa? la preguntó.

Y las muchachas, que siempre niegan estas cosas aunque nada las interese quien las pregunte, respondió:

—¿Moros? No.

—Pues serán monos, replicó el primo, asomándose de pronto en el mismo balcón en que estaba Josefina.

Esta se retiró y preguntó á su primo:

—¿Qué haces, León?

En la acera de enfrente se veía á un joven que parecía un ejemplar conservado en alcohol.

Pequeño, verdinegro, patizambo, con un par de patillas, entre

las cuales imitaba aquella cara una llamada en el texto para una nota aclaratoria.

—Uno de esos monos entre patillas ó entre paréntesis, dijo León.

—Pero calla, hombre, le suplicó su prima alarmada.

El mono, disimulando, continuó como si paseara por la acera sin más intención que ventilarse.

—Suponía que tuvieses mejor gusto, añadió León, retirándose del balcón con su prima.

—¿Crees que yo hago aprecio de semejante títere? preguntó como ofendida en su amor propio.

—Por lo menos lo parece.

—Y aunque fuera, ¿qué?

—¿Qué? Que es una lástima que una muchacha como tú atienda á semejante mascarón de proa.

—¡Adiós, Narciso!

—Narciso, no, porque no estoy enamorado de mí mismo; pero muy superior á ese muñeco si soy.

—Basta que tú lo digas, primo carnero.

—¡Primo carnero! ¡Qué muletila tan agradable!

—¿Te molesta?

—De tus labios nada me molesta.

—¿De veras?

—Nada, porque son tan bonitos...

Josefina, que entendió, con esa perspicacia que poseen las mujeres, la intensidad de aquel elogio de su primo, quedó suspensa un momento.

—¿Te lo parecen? preguntó después.

—Ya lo creo, y aún recuerdo,



—¡Rical! Me ha llamado rical!
¿Qué diría si me hubiese catado!



—¡Ay, Arturo! Usted no conoce la sinceridad de
mi pecho.
—Amiga mía, para no conocer eso necesitaría ser
corto de vista.

como si hubiera sido ayer, cuando los besaba.

Josefina, empezó á sentir cierto temblor nervioso.

—¿Por qué las palabras de su primo la causaban tal sensación cuando otras veces le había oído como quien oye llover?

Verdad era que tampoco él había estado hasta entonces tan expansivo y tan franco.

—Hoy estás muy galante, le dijo, sentándose inocentemente en un diván.

Un tunante habría entendido: —Aquí hay otro asiento junto al mío.

León no era un hombre corrido, pero también entendió lo mismo que si lo fuera, y tomó posesión del asiento.

—Es que hasta hoy, tal vez, no había reconocido tu belleza, dijo; que he estado ciego hasta hoy... porque ¡mira que estás guapa, Josefina!

Y diciendo esto, tomaba entre sus manos una de las de Josefina.

—Y qué manitas tan blancas y tan suaves... Terciopelo francés.

—No, español, replicó la prima, sin retirar la muestra.

—Tan suave, replicó León aproximándola á sus labios y besándola.

—¿León, qué haces? preguntó algo turbada Josefina.

—Dices bien, afirmó el primo; es una necesidad besar tu mano teniendo tan cerca tus mejillas, tus ojos, los labios de tu boca...

Y acompañando la acción á la palabra, iba besando cuanto nombraba, sin resistencia de su dueña.

Y los tíos, y los padres, y los criados, como si estuvieran de

acuerdo, no llegaban á estorbar el desenlace ni á cortar el diálogo.

¿Y qué había de suceder?

Los chicos se querían y tenían mutua confianza y franqueza mutua, y Josefina no procuraba atajar á su impetuoso primo ni éste paraba á consultar á su prima...

Sí, llegaron los parientes, porque ya era la hora de comer.

Pero ya era tarde.

Ellos en el diván...

Y el mono en la acera de enfrente, con su cartita en el bolsillo para Josefina.

Y las gentes de la casa, como si no estuvieran.

¡Vaya usted á evitar las consecuencias!

Aunque hubiera vivido el tío cura, no habría podido hacer más sino decir:

—Conviene la cruza, sí señor; pero aquí ya no hay que andarse en eso, sino casarlos, y nazca lo que nazca.



AGENCIA MATRIMONIAL

—

Aburrido cierto día de la vida de soltero, pensaba en casarme, pero como novia no tenía para hacer el matrimonio, me puse á buscar mujer; en fin, que vine á caer en las garras del demonio.

Queriendo hacerlo cuanto antes,

pedí datos á una Agencia, por no perder la paciencia como todos los amantes; y á los dos días siguientes

recibí, certificada,
esta cartita, firmada
por uno de los agentes:

«He recibido á su punto
la carta que me mandó
para que le diera yo
detalles de aquel asunto,

y me dispongo á escribir
para enterarle de todo,
porque quiero hallar un modo
que le llegue á convenir.

He registrado anteayer
con muchísima paciencia
los *Libros* que hay en mi agen-
(cia

con chicas para escojer,
y le juro, caballero,
que en mi almacén permanente
hay un surtido excelente
de muchachas con dinero.

Ahora bien; usted desea
una con cinco millones,
aunque carezca de dones,
es decir, aun siendo fea;
pues bien, señor, yo le puedo
proporcionar una chica
que, siendo jóven y rica,
por bien poco se la cedo.

Se llama Inès Torquemada,
es amable y virtuosa,
jóven, buena, cariñosa
y, sobre todo, es honrada.

Ojos: los tiene preciosos,
negros, grandes y expresivos,
con esto sobran motivos
para llamarlos hermosos.

Labios: rojos como grana,
y gruesos, y hasta incitantes.

Dientes: blancos y brillantes.
Boca en conjunto: muy sana.

Pelo: negro, algo rizado,
abundante, muy bonito.

Talle: airoso y estrechito
que parece torneado.

Piè: pequeño y elegante,
que mueve mucho al andar.

Estatura: regular,
para mujer es bastante.

Y con estas perfecciones,
tiene, según acredita,
la suma regularcita,
de cerca de tres millones.»

Yo le escribí muy ufano:
«La puede usted avisar;
doy palabra de aceptar
muy pronto su blanca mano.»

Y él contestó al otro día:
«La *blanca* no puede ser,
que su futura mujer
es *negra* de Berbería.»

CRITERIOS FEMENINOS

I

El es alferez de cazadores
con treinta duros de paga al mes.
Ella, conjunto de mil primores
y de belleza dechado es.

Ella le adora: á él le arrebató;
final sabido: se casarán.

No: que la niña, que es muy sen-
(sata,

le dice: «Espera... Sé capitán.»

II

El es un chico de gran talento:
es abogado de porvenir.

Ella de gracias: es un portento:
flor que sus hojas desea abrir.

Ella le adora, y él enloquece.
¿Y qué? ¿se casan? Punto final.

No: que la niña, según parece,
quiere que, al menos, sea fiscal.

III

El es una bestia, bárbaro y feo,
pero con fincas en el *Mogol*.

Ella es tan linda, que á lo que
(veo

produce celos al mismo sol.

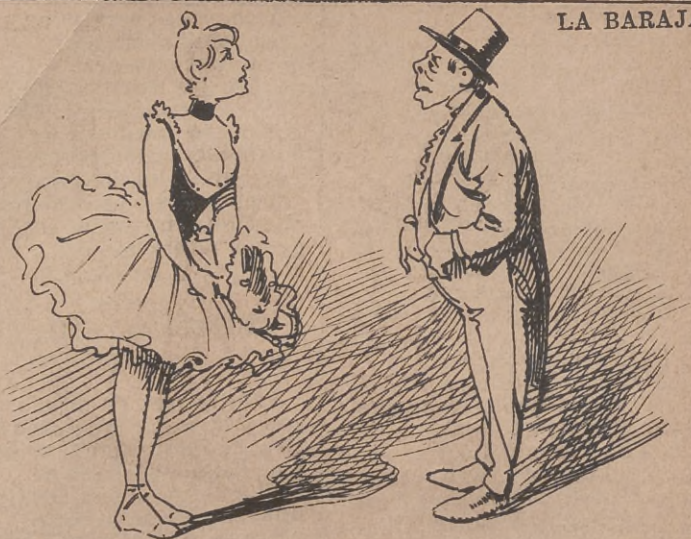
Ella idolatra. Yella..., ¡misterio!
¿Y qué? ¿se casan? ¡qué atrocidad!

Si: que la niña tiene criterio.

¡Quiere ante todo, *felicidad*!

M. DOZ UCELAY.

LA BARAJA



Oros

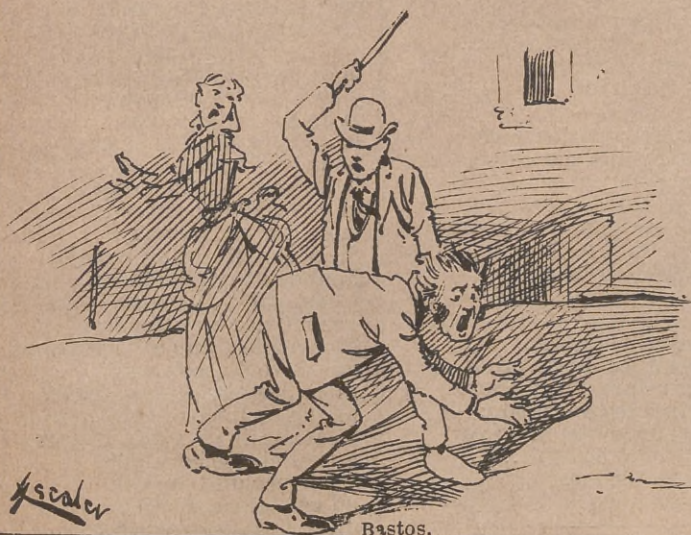


Copas

LA BARAJA



Espadas



Bastos.

scaler

DISFRACES

El pollo galanteador
que suma en su larga lista
cada noche una conquista.
cada semana un amor:
Y que para darse tono
al Prado vestido va,
¿de qué se disfrazará?

—¡De mono!

El académico grave
que tal título ha logrado,
más por lo mucho que ha hablado
que por lo poco que sabe:
Y entre discreto y cazurro
la razón a todos dá,
¿de qué se disfrazará?

—¡De burro!

El noble que su blasón
va ensalzando a troche y moche,
teniendo al llegar la noche
que acostarse en un jergón:
Y de su soberbia esclavo
es para el pobre una baja...
¿de qué se disfrazará?

—¡De pavo!

El marido complaciente
que a su costilla permite
que le regañe y le grite
a presencia de la gente:
Y cuanto es mayor su yerro
mas la idolatra quiza...
¿de qué se disfrazará?

—¡De perro!

El abogado simplón
que, pese a los desengaños,
lleva ya treinta y tres años
de charlar sin ton ni son:
Y del que la gente en coro
dice que tronado está...
¿de qué se disfracará?

—¡De loro!

El propietario incivil,
azote del inquilino
que se quedó sin destino
cuando era el otro albañil:
Y que á la fortuna ingrato
piensa que fiel le será...
¿de qué se disfrazará?

—¡De gato!

Y yo, desgraciado autor
de este satirico aborto,
en que, si me quedo corto,
no es de fijo por rubor:
Si hoy formo en la mascarada
como sin duda lo haré...
¿de qué me disfracaré?

—¡De nada!

M. DEL PALACIO.



ORIENTAL

Reclinada muellemente
en riquísima otomana
de terciopelo y encajes
está la bella Zoraida,
la de los ojos azules
y arrobadora mirada,
la de coralinos labios,
la de la frente de nácar,
la de rubia cabellera,
la de manos torneadas,
la de seno alabastrino,
la de cintura galana.
Su pecho de vez en cuando
hondos suspiros exhala
y está pálida, ojerosa,
pensativa y cabizbaja,
Mas no de amor son las penas
que devoran á Zoraida,
ni es desprecio ni es desden
lo que tortura su alma.
El señor de un vasto imperio
á su dicha se consagra
y por ver una sonrisa
en sus labios dibujada
diera todos sus estados,

su vida y hasta su alma.
Ella dispone á su antojo
de cuatrocientas esclavas,
y setecientos ennuços
por complacerla se afanan.
Tiene palacios, navios,
jardines, donde las plantas
más hermosas, más fragantes
del orbe entero se hallan.
Mas ¡ay! que tantos placeres
y tanta dicha trocara
muy gustosa por un plato
de salchicha con patatas,
rico majar prohibido
por las leyes musulmanas.

M. G. DE SEGOVIA.

ALFILERAZOS

Leemos:

«No sé dónde, es decir, no me acuerdo dónde, van á celebrar un día de estos una velada literaria en honor á Colón.

Se leerán composiciones. ¡Colón nos perdone!

Una de las composiciones versará sobre el asunto que indica su título, que es éste:

«Los amores de Cristóbal Colón.»

¿Eh? ¿Qué tal? Sea usted persona célebre para que luego al cabo de algunos siglos venga la posteridad contándole á usted las novias que tuvo.

¡Nada! ¡nada! Lo que hay que ser en el mundo es *nullidad*.

¡Dichosos los nulos! ¡Nadie se acuerda de ellos sino es para imponerles contribuciones!»

*
* *

Una apuesta poco común, y si

caprichosa se ha llevado á cabo en Teruel.

Un sujeto apostó 25 pesetas á que andaba medio kilómetro en *cuerus veritis*.

Y los ganó; como que anduvo el trayecto señalado, con la mayor frescura.

¡Y pensar que hay quién se pasa la vida «gratis», de esta manera!

*
* *

Tomamos de *El Globo*:

«Me gusta el giro que va tomando la conquista de votos para las elecciones.

Ciertos candidatos conservadores han ofrecido á cada obrero que les de su voto lo siguiente:

«Dos libretas.—Media libra de arroz.—Media de bacalao.—Media de garbanzos —Media de tocino.—Media de carne.—Y dos reales para carbón.»

Como se vé el elector ha ganado de poco tiempo aca.

Don Antonio Cánovas dijo, ya se acordarán ustedes, que el obrero vendía su voto por un vaso de vino.

Ahora ya le dan por él una comida completa sin vino; pero con agua á discreción.

¡Y cómo bailarán de gusto los tenderos de comestibles!»

CORRESPONDENCIA

Por falta de espacio dejamos de contestar las cartas recibidas.

En el número próximo se continuará...

Imp. Calle de Mina, 8.

LA COMEDIA HUMANA

REVISTA FESTIVA

Literaria, Política é Ilustrada

Contiene artículos, poesías, críticas y chistes
de nuestros principales literatos, caricaturas
y retratos de nuestros primeros dibujantes

Agente exclusivo en Madrid para la venta de LA COMEDIA HUMANA
D. JULIÁN RODRIGUEZ, kiosko de la Universidad
plaza de S. to Domingo

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Provincias: series de 10 núms. 1'25 ptas.

Administración S. Pablo, 66, 2.º — **BARCELONA**



